

LA PEDAGOGÍA DEL PROGRESO ESPIRITUAL EN LA VIDA MONÁSTICA CRISTIANA SEGÚN EL CAPÍTULO PRIMERO DE LA *COLECCIÓN SISTEMÁTICA GRIEGA* DE LOS APOTEGMAS

Enrique Contreras, OSB

Luego de un prólogo muy ordenado y sistemático, el autor de la compilación que conocemos como *Colección sistemática griega*¹ (CSG) de los dichos de las madres y los padres del desierto, nos ofrece una selección de *apotegmas* para progresar hacia la perfección.

Podemos dudar sobre la identidad del autor para ambas secciones: el prólogo y el capítulo primero; pero ello no soluciona una dificultad, creo que de mayor importancia, que nos presenta ese último texto.

En efecto, “la exhortación (*paraínesis*) de los santos padres para (lit.: hacia) el progreso en la perfección²”, ciertamente oficia de introducción a los veintiún restantes capítulos que componen la CSG, tal como ha llegado hasta nosotros; pero nos plantea un problema no menor: ¿cómo la interpretamos? ¿Qué es esto del progreso hacia la perfección?

“El testimonio de las divinas Escrituras”

Los treinta y siete *apotegmas* que componen el primer capítulo,

1 Texto griego en: *Les Apophthegmes des Pères. Collection systématique*, vol. I, Paris, Éds. du Cerf, 1993 (*Sources chrétiennes* [= SCh] 387). Trad. en *Cuadernos Monásticos* (= CuadMon) n. 192 (2015), pp. 53 ss. En la introducción tanto de SCh 387 (pp. 13 ss.), como de CuadMon n. 192 (pp. 43 ss.) se encuentran desarrollados los temas relacionados con esta *Colección* y con el significado del vocablo *apotegmas*.

2 O: para (o: a) progresar hacia la perfección.

difícilmente pueden sistematizarse o someterse a un determinado esquema que nos permita decir cuáles son las *prácticas*³ o virtudes que conviene cumplir, y en qué orden, para progresar en el camino del seguimiento de Cristo.

Encontramos que, en ocasiones, se recomienda una práctica:

«Dijo un anciano: “El que no recibe a todos como a hermanos sino que hace distinciones, ese no es perfecto”»⁴.

Otras veces, se proponen, por ejemplo, tres virtudes:

«Dijo *abba* José el tebano: “Hay tres obras que son valiosas en presencia del Señor: que cuando el hombre está enfermo (lit.: débil) y es probado, lo reciba con acción de gracias; la segunda es si hace todas sus obras puras en presencia de Dios, y sin que (ellas) tengan nada de humano; la tercera es si vive en la sujeción al padre espiritual y renuncia a todas sus voluntades propias”»⁵.

Y algunos textos nos presentan varias prácticas y virtudes:

«Un hermano interrogó a *abba* Macario el Grande sobre la perfección. Y el anciano le respondió diciendo: “Si el hombre no adquiere una gran humildad en su corazón y en el cuerpo, y no se mide a sí mismo en ningún asunto, sino que más bien se pone con humildad por debajo de toda criatura, y no juzga de ninguna manera a nadie sino a sí mismo, y soporta el insulto, arrancando del corazón todo mal, obligándose a ser paciente⁶, servicial, amigo de los hermanos, sobrio, dueño de sí mismo –porque está escrito: ‘*El reino de los cielos es de los violentos, y los violentos lo arrebatan*’ (Mt 11,12)–, y ver con (sus) ojos las cosas rectas, teniendo custodiada la lengua, apartándose de escuchar todas las cosas

3 Este es el término más preciso, a mi parecer, para denominar las obras que recomiendan realizar las *ammas* y los *abbas*.

4 CSG 1,33 (el primer número señala el capítulo; el segundo, la sentencia).

5 CSG 1,14; cf. en la *Colección alfabético-anónima griega* (= CAG): José el Tebano 1. El texto de dicha *Colección* difiere en el final: “Tendrá este (hombre) una corona excelente. Pero yo, por mi parte, he elegido la debilidad (o: enfermedad)”.

6 O “longánimo”.

vanas y perniciosas, con la justicia de las manos y pureza de corazón hacia Dios, un cuerpo sin mancha, teniendo ante los ojos cada día el recuerdo de la muerte, renunciando a la cólera y la malicia espirituales, renunciando a la materia y a los placeres carnales, renunciando al diablo y a todas sus obras, con una disposición firme ante la soberanía absoluta de Dios y sus mandamientos, sin cesar y en todo tiempo, en toda acción y en toda obra, no puede ser perfecto”»⁷.

Con todo, es posible reconducir tal variedad y falta de sistematicidad hacia un principio básico:

«Alguien interrogó a *abba* Antonio, diciendo: “¿Qué debo observar para agradar a Dios?”. El anciano le respondió diciendo: “Guarda esto que te mando: adondequiera que vayas, lleva a Dios ante tus ojos; y cualquier cosa que hagas, toma un testimonio de las divinas Escrituras⁸; y cualquiera sea el lugar que habitas, no lo abandones prontamente. Observa estas tres cosas y serás salvado”»⁹.

La llave para comprender la pedagogía de nuestros padres en la vida monástica es la *lectio divina*. O mejor, la memorización y repetición de los textos bíblicos: los *testimonios* (*martyria*) que siempre –permanentemente– el monje / la monja deben *escuchar*.

Llamativamente en su respuesta, san Antonio une esa escucha de la palabra de Dios a otras dos *prácticas* imprescindibles para recibirla: tener siempre ante los ojos a Dios (*memoria Dei*) y buscar la estabilidad; es decir, evitar la dispersión, terrible mal de nuestro tiempo.

Ejemplos y enseñanzas de los patriarcas y los profetas

Abraham, “nuestro padre en la fe”, es presentado como paradigma de la hospitalidad, conforme al texto de *Génesis* 1,18 ss¹⁰.

7 CSG 1,16; cf. PG 34,232-233; no se encuentra en la CAG.

8 La CAG dice: “Sagradas Escrituras”.

9 CSG 1,1; cf. Antonio 3.

10 CSG 1,18.

Él es el hospedero del Señor, de la palabra de Dios, del mensaje de salvación que el Todopoderoso le regala al anciano patriarca, y al pueblo innumerable de su descendencia. Así, Abraham es constituido modelo de quien ha aprendido, guiado por el Señor, a hacer bien la *lectio divina*: a saber escuchar y saber dialogar con Dios (cf. *Gn* 18,16 ss.). Y por ende también podrá desempeñarse como hospedero/ra de sus hermanas y hermanos.

Moisés, y la serpiente de bronce que mandó hacer para curar al pueblo (cf. *Nm* 21,8-9), se relaciona con el don de sanación que tenía el *abba* Nesteros:

“Decía *abba* Pastor de *abba* Nesteros, que como la serpiente de bronce en el desierto curaba a cualquiera del pueblo que la mirara (cf. *Nm* 21,8-9), así era el anciano: poseía la virtud toda, y en silencio, sanaba a todos”¹¹.

“La relación entre ambos es sorprendente, porque retoma el simbolismo veterotestamentario central de la curación, para expresar de modo elocuente *el poder curativo del silencio*, que caracteriza a *abba* Nesteros. Para muchos esta relación no podía sino enviar directamente a Aquel cuyo poder de sanar supera a aquella serpiente mosaica (cf. *Jn* 3,14; 19,37)...”¹².

La enseñanza que se deriva solo puede ser una: hay que *mirar e imitar* a Cristo crucificado y resucitado, el Cristo pascual. Esto es lo propio del cristiano, y por ende, del monje y de la monja cristianos. Y así también lo refleja el siguiente *apoteagma*:

Abba Marcos dijo: “La ley de la libertad enseña toda verdad. Y muchos leen esta ley según el conocimiento, pero algunos la comprenden según la analogía de las obras de los mandamientos. No busques la perfección en las virtudes humanas, porque en ellas no se encuentra lo perfecto. Puesto que la perfección de esa (ley) está oculta en la cruz de Cristo”¹³.

11 CSG 1,19; cf. Nesteros el Cenobita 1.

12 Douglas BURTON-CHRISTIE, *La parola nel deserto. Scrittura e ricerca della santità*, Comunità di Bose, Ed. Qiqajon, 1998, p. 427 (Col. Spiritualità orientale); trad. del original: *The Word in the Desert. Scripture and the Quest of Holiness in Early Christian Monasticism*, Oxford, Oxford University Press, 1993 (hay trad. castellana: Madrid, Ed. Siruela, 2007).

13 CSG 1,17; cf. MARCOS EL MONJE (o el Ermitaño), *La ley espiritual*, 28-29; PG 65,909 A. El capítulo segundo de la CSG tratará sobre la *hesiquía*. Básicamente, esta *práctica*

La perfección se alcanza únicamente gracias a la cruz –el misterio pascual– de Jesucristo.

Elías, a quien la tradición monástica cristiana ha siempre venerado como *protomonje*, es presentado a nuestra consideración como modelo de *hesiquía*, aquel a quien Dios le manda ocultarse junto a un torrente, bebiendo agua de un manantial y comiendo lo que los cuervos le acercan cada día (cf. *1 R* 17,2-6)¹⁴. El profeta escucha la palabra y cumple lo que se ordena, “*porque lo consume el celo del Señor*” (*1 R* 19,6-14).

En la vida monástica cristiana una alimentación sobria y regular¹⁵, unida a la *hesiquía*, son prácticas esenciales¹⁶.

“Amar la quietud (*hesiquía*)”, como *Elías*, es la condición fundamental para escuchar y poner en práctica la palabra de Dios. La *hesiquía* es antídoto seguro contra la dispersión. Es la base sobre la que se emprende la unificación de nuestro ser, el camino de retorno hacia Aquel de quien nos alejamos por nuestra incapacidad para escuchar – obedecer (cf. *RB* Prol. 1 ss.).

Por su parte, el profeta *Ezequiel* nos aporta “los instrumentos de la vida solitaria”¹⁷:

- pobreza: sin posesiones;
- aflicción, esfuerzo, renuncia;
- discernimiento.

Instrumentos que son figurados (*prosopon*) o representados en:

- Noé (cf. *Gn* 6,9 ss.): la pobreza;
- Job (cf. *Jb* 3,1 ss.): el sufrimiento;
- Daniel (cf. *Dn* 13,48 ss.): el discernimiento.

consiste en tres actitudes principales: a) permanecer en la celda, en la soledad, en el desierto; b) apartarse del trato y/o de la frecuentación con hombres y mujeres; c) practicar el recogimiento, el silencio, la lucha contra las distracciones y los pensamientos.

14 CSG 1,18.

15 Cf. CSG 1,4.

16 Cf. CSG 1,35.

17 CSG 1,23. El texto bíblico es: *Ez* 14,14.

Estos “instrumentos” deben ser utilizados por el monje o la monja para que Dios habite en él o en ella: no tener propiedades, soportar las aflicciones, practicar el discernimiento son la garantía de que Dios salva. Es decir, si Dios habita (porque no hay otras posesiones que se lo impiden) – salva (porque solo Él puede aliviar nuestro dolor) – y regala *saber obrar* rectamente (con juicio, discerniendo, por encima de lo que *aparece*).

Daniel también es figura de quien alaba a Dios con su vida, puesto que “no se le puede acusar de ninguna falta. Hay que buscar (contra él) un delito de carácter religioso” (*Dn* 6,6). Esto es lo que decían quienes querían quitarlo de en medio. Y solo mediante un engaño pudieron tenderle una trampa (cf. *Dn* 6,8):

Un hermano interrogó a *abba* Pastor diciendo: “¿Cómo debe conducirse el hombre?”. El anciano le dijo: “Fijémonos en *Daniel*, contra quien no pudieron hallar acusación alguna, a no ser el culto sagrado¹⁸ a su Dios (cf. *Dn* 6,5-6)”¹⁹.

No hay, por tanto, discernimiento verdadero sin una vida santa. El monje / la monja deben caracterizarse por celebrar cotidianamente una liturgia de fidelidad al Evangelio.

David, a quien gran parte de la tradición patrística, coloca entre los profetas, asignando también dicho carácter al libro de los *Salmos*, es presentado como paradigma de humildad (cf. *I S* 18,23)²⁰.

De hecho, la CSG luego de la *hesiquía* trata sobre la compunción (*pénthos*): llorar los propios pecados es el paso inicial en la escala de la humildad (cf. *RB* 4,10-12).

Y en los *Salmos* se nos enseña que debemos luchar para evitar el pecado, ya que el Señor ama a quien odia el mal (cf. *Sal* 96 [97],10), y en especial aquellas acciones que, de palabra o de obra, dañan al prójimo: “en esto consiste la vida del monje”²¹.

18 O “el servicio” (*leitoyrgia*).

19 Pastor 53.

20 CSG 1,18.

21 CSG 1,32; cf. Apotegma anónimo N 225.

Quien abraza la vida monástica, para seguir a Cristo pobre y humilde, deberá cuidar su corazón: vigilarlo, guardarlo (*tereó*), ya que de él brotan las fuentes de la vida, y también las malas inclinaciones:

“Aquello hacia lo que ves que aspira tu alma, según Dios, eso pon por obra, y guarda tu corazón (cf. *Pr* 4,23)”²².

Es la palabra de Dios la que nos conduce en el camino de la ascensión espiritual, es necesario escucharla en lo profundo del corazón para que ella nos haga verdaderamente libres.

Las enseñanzas de Jesucristo y de sus discípulos

Jesús nos invita a dirigirnos al Padre con las palabras que Él nos ha enseñado. Pero hay que dejar a un lado planteos inquisitorios o curiosos sobre la oración del Señor, porque nosotros somos débiles:

Un hermano interrogó al *abba* Isaías sobre la palabra de la oración del Evangelio: “¿Qué significa: *Santificado sea tu nombre (Mt 6,9)?*”. Y él le respondió: “Esto es de los perfectos; porque es imposible que el nombre de Dios sea santificado en nosotros, que estamos dominados por las pasiones”²³.

Abba Isaías no le explica a quien lo ha interrogado el significado del texto, sino que lo invita a mirarse a sí mismo, para orar desde la propia conciencia de su enfermedad, de su ser pecador.

“*El reino de los cielos es de los violentos, y los violentos lo arrebatan*” (*Mt* 11,12). Esta palabra evangélica es importante en la enseñanza de los antiguos monjes. Tal vez, un poco olvidada en nuestros días.

El mensaje que nos transmite el Evangelio según san Mateo podría sintetizarse en los siguientes puntos:

22 CSG 1,18. Cf. *Mt* 15,19; *Mc* 7,21-23.

23 CSG 1,11; cf. ISAÍAS, *Logoi*, 26,3 (XXV,20).

- a) No sabemos exactamente el sentido que quiso darle el evangelista a las palabras “violencia” y “violentos”.
- b) Pero todas las posibles interpretaciones deben moverse en el mismo contexto del discurso de la misión, es decir: el anuncio y la presencia del reinado de Dios es un acontecimiento decisivo: un cambio radical del interior de la persona y de las estructuras sociales.
- c) No se puede permanecer neutral. El oyente es emplazado a tomar una opción definitiva.
- d) Los que lo rechazan se oponen con violencia a sus mensajeros, y los que lo aceptan deberán hacerse violencia a sí mismos: jugarse la vida por su causa, como hizo Jesús²⁴.

Hacerse violencia en todo es una opción de vida ardua, pero vivamente sentida como esencial entre nuestros antepasados en la vida monástica:

«Dijo *abba* Macario a *abba* Zacarías: “Dime, ¿cuál es la obra del monje?” Respondió: “¿A mí me preguntas, padre?” Le dijo *abba* Macario: “Me han asegurado acerca de ti, hijo mío, Zacarías. Es (Dios) quien me inspira para que te interrogue”. Le dijo Zacarías: “Por mi parte, padre, el que se hace violencia en todo, ese es monje”»²⁵.

Sentencia muy significativa, ante todo, porque el mayor interroga al menor, inspirado por Dios, y en seguida, porque este le responde con toda sencillez, con sabiduría evangélica.

De forma más pormenorizada, a nosotros que nos gustan los detalles, se nos indica en el siguiente pasaje en qué consiste el hacerse violencia a sí mismo:

«...Gran humildad en su corazón y en el cuerpo, y no se mide a sí mismo en ningún asunto, sino que más bien se pone con humildad por debajo de toda criatura, y no juzga de ninguna manera a nadie sino a sí mismo, y soporta el insulto, arrancando del corazón todo mal,

24 *La Biblia de nuestro Pueblo*, Bilbao (Macau, China), Eds. Claret – Claretiana – Mensajero, 2014, p. 1533.

25 CSG 1,6; cf. Zacarías 1.

obligándose a ser paciente²⁶, servicial, amigo de los hermanos, sobrio, dueño de sí mismo –porque está escrito: “*El reino de los cielos es de los violentos, y los violentos lo arrebatan*” (Mt 11,12)–, y ver con (sus) ojos las cosas rectas, teniendo custodiada la lengua, apartándose de escuchar todas las cosas vanas y perniciosas, con la justicia de las manos y pureza de corazón hacia Dios, un cuerpo sin mancha, teniendo ante los ojos cada día el recuerdo de la muerte, renunciando a la cólera y la malicia espirituales, renunciando a la materia y a los placeres carnales, renunciando al diablo y a todas sus obras, con una disposición firme ante la soberanía absoluta de Dios y sus mandamientos, sin cesar y en todo tiempo, en toda acción...»²⁷

En la tradición monástica de los primeros siglos, *hacerse* violencia en todo es la enseñanza que el monje y la monja reciben del Señor, en la cual deben ejercitarse (*ascesis*) en todo tiempo. Se trata de un mandato que es sentido y vivido como el eje del seguimiento de Cristo. Escucharlo – obedecerle es hacerse violencia a sí mismo, para que Él crezca en nosotros y así obremos conforme a su ejemplo: haciendo el bien.

Los *apóstoles* y discípulos del Señor nos han ayudado *concretando*, por así decirlo, los preceptos evangélicos del Maestro en cinco actitudes bien específicas:

- a) hacer el bien al prójimo (CSG 1,7 y 1,13): *no devolver mal por mal* (cf. Rm 12,17); “no querer hacer mal al otro debe ser no solo un comportamiento exterior, sino una actitud interior”²⁸;
- b) soportar las incomodidades; se trata de asumir las privaciones corporales: vigiliias nocturnas, hambre, sed, frío, desnudez, por amor al Evangelio (cf. 2 Co 11,27; CSG 1,13), y en solidaridad con los pobres de la tierra;
- c) tendernos hacia delante (cf. Flp 3,13), esperando al Señor que llega, que viene a la hora menos pensada; aguardando el día de nuestro nacimiento a la vida eterna:

26 O “longánimo”.

27 CSG 1,16.

28 Douglas BURTON-CHRISTIE, *op. cit.*, p. 395.

“... Poner la atención hacia lo que viene (cf. *Flp* 3,13), y no fiarse en su buena obra, es decir en su servicio, e implorar el auxilio de Dios por causa de lo que le llega continuamente cada (día)²⁹.

d) trabajando en paz (*hesiquía*) para ganarse el pan (2 *Ts* 3,12; CSG 1,13), y así proveer al propio sustento, compartiendo con los indigentes lo que no necesitamos, siendo solidarios;

e) no amar al mundo, porque “*quien quiera ser amigo del mundo se convierte en enemigo de Dios*” (*St* 4,4; CSG 1,10).

Los testimonios de las divinas Escrituras nos llevan de las figuras a los preceptos evangélicos

¿Los *Apotegmas* quieren enseñarnos un camino progresivo o ascensional tanto en la lectura de la Biblia como en nuestra vida espiritual? Creo que sería errónea semejante interpretación del capítulo primero de la CSG; y en general, lo mismo pienso que puede aplicarse al monacato primitivo en general.

En cambio, nos formulan una invitación. Comencemos entonces por escuchar y memorizar los *testimonios* de las divinas Escrituras. Para así estar en todo momento en presencia de Dios y re-unificar nuestra desgarrada humanidad; abandonemos la dispersión que nos hace olvidar a Dios, y *regresemos* a la *memoria Dei*.

Abraham nos enseña a ser hospederos – huéspedes del Señor y de los hermanos y hermanas. *Volvamos* a escuchar y a dialogar con Dios y con el prójimo.

Moisés nos señala hacia quién debemos dirigir continuamente la mirada. En el Crucificado – Resucitado está nuestra completa y total *liberación*. *Abandonemos* las falsas ilusiones de las ofertas de moda.

Elías nos conduce al despojamiento de la quietud y la frugalidad. *Que no nos ahoguen* las olas de las preocupaciones y las vanas distracciones.

Ezequiel, desde el destierro, nos recuerda los instrumentos que

necesitamos utilizar para *construirle a Dios una morada* en nuestro interior: la pobreza, la aceptación del sufrimiento y las contradicciones, el discernimiento.

Daniel nos muestra, con el ejemplo de una vida consagrada a Dios, que no debemos ceder ante quienes maquinan planes para apartarnos de nuestro Señor. *Perseveremos* en nuestro servicio (*liturgia*), a pesar de todas las dificultades que se nos presenten.

David nos invita a considerar nuestra extrema fragilidad, nuestro pecado. De modo que, al *mirarnos con humildad* a nosotros mismos, broten espontáneas dos actitudes: odio al mal, especialmente a aquel que daña al prójimo, y cuidar – guardar nuestro corazón, para que de él no broten deseos perversos.

De las figuras de la Primera Alianza a los preceptos evangélicos

Las *ammās* y los *abbas* del desierto tienen muy claro que el NT debe ser leído, escuchado y vivido como “el precepto evangélico”. Este precepto se abre, como una flor de mil colores, en mandatos del Señor y de sus discípulos a vivir la realidad del Reino de Dios presente entre nosotros, y manifestado ahora, en la plenitud de los tiempos, en Jesucristo.

Así se comprende que la *Oración del Señor* no se transforme en objeto de sabias investigaciones, sino en una humilde invocación al Padre celestial.

Y que no hay seguimiento de Jesucristo, no hay auténtico anuncio del Evangelio, que nos permita eximirnos de *hacernos violencia a nosotros mismos*. ¿Por qué? ¿Cómo?

- Amando al prójimo: a quien debemos hacerle siempre el bien, lo bueno;
- soportando toda clase de incomodidades: por causa del anuncio que nos ha encomendado Jesús;
- aguardando la venida del Salvador: que llegará a la hora menos pensada;
- trabajando pacíficamente: para que a nadie le falte el pan de cada día;

- evitando “lo mundano”: para que el egoísmo no se apodere de las vidas de los seres humanos, de las criaturas de Dios.

La meta del progreso que nos propone la pedagogía monástica

Las dos últimas sentencias del capítulo primero de la CSG nos indican que el compilador conoce muy bien las cimas a las que nos conducen las enseñanzas de los *Apotegmas*.

Se trata de dos cimas inseparables, que hay que alcanzar a un mismo tiempo para gozar del hermoso panorama que desde ellas se contempla:

«Un anciano dijo: “Practiquemos la mansedumbre³⁰, la paciencia³¹, la longanimidad y la caridad, porque en estas (virtudes está) el monje”»³².

«La definición de “cristiano” (es) “imitación de Cristo”»³³.

Abadía Santa María
C. C. 8- B6015WAA – Los Toldos
ARGENTINA

30 *Praótes*: dulzura, paciencia.

31 O “resignación” (*anexikakos*).

32 CSG 1,36. Cf. *1 Co* 13,1 ss.

33 CSG 1,37; cf. BASILIO DE CESAREA, *Grandes Reglas* 43,1 (PG 31,1028).